

Las Trinitarias descalzas.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(23 DE ABRIL DE 1616.)

I.

Tras de la Vírgen de Atocha
rogando vá todo el pueblo,
por las nubes de abundancia
para sus campos sedientos.
A ver y adorar la imágen
acude Madrid entero,
deja en soledad los barrios,
y el de las Huertas entre ellos.
De las gentes de farándula
mas que hospedaje hervidero,
y de muy muchos autores
aunque muy pocos discretos.
Ya el horizonte y la tierra
van las nubes confundiendo,
como una inmensa pupila
que empieza á cerrar el sueño.
A los murmullos de fiesta
hacen las campanas eco,
oraciones y oraciones
de las almas y los templos.
Tañe en el barrio la esquila
de improvisado convento,
tan pequeño como pobre,
tan santo como pequeño,
Donde madres Trinitarias,
en cada paso un ejemplo,
llevan, descalzas, mas firmes,
á su Gólgota su leño.
Paz dichosa es la esperanza
que va acercándose al premio,
fénix la virtud renace
al crisol del sufrimiento.
Si pasan los pecadores,
pasan dejando en silencio
allí el óbolo cristiano
de caridad y respeto.

pan divino
en cambio del pan del suelo,
y por lágrimas enfermas
bálsamos que no hán los médicos.
Bulle fuera la alegría,
de sus umbrales adentro
pasa el pobre, el desvalido,
los que lloran, los que han muerto.
Y hoy en demanda del último
adios, y el último lecho,
un cadáver traido en hombros
de cuatro hermanos Terceros,
Pasa tambien, esperado
como hermano y como siervo
segun los tristes blandones
qne por él están ardiendo.
Sobre enlutadas bayetas
posan con cuidado el féretro,
y un sordo golpe retumba,
...misterioso llamamiento,
A qne responden las madres
á las rejas acudiendo,
y hay quien dice que hubo algunas
que con otra voz le oyeron...
En derredor silenciosos
de aquel lúgubre trofeo
por un hábito francisco
y otro de sombras envuelto,
Ofrece el piadoso Nuñez
nna bendicion y un rezo,
únicos dones del mundo
que entran con el hombre al cielo.
Y un murmullo prolongado
sigue á la voz respondiendo
y poco á poco abandonan
unos tras otros el templo.
Todos, menos un anciano
de barba y ropajes luengos,
dijérase que á velarle
surgió la estátua de Homero.
Allí al borde de la caja
sigue anclado á un pensamiento,
como un sábio que á sus plantas
contempla nn abismo inmenso.
Y en sus ojos cuando miran
y cuando piensa en su ceño,
rayos lucen, nubes pasan
de admiracion ó despecho.
. . . .
—«No ceseis de encomendarle,
»¿quién no habrá menester de ello?
»nunca sobran oraciones
»donde no hay mortal perfecto.
»Madres, aunque anciano y pobre
»fué un bienhechor del convento,
»debéisle mucho en cariño,
»en gratitud y en consejo.
»Yo ví su muerte, y de su último
»suspiro alcancé un secreto.
»Madres... que os deja el anciano
»mas del alma que del cuerpo.
»Hombre fué, corazon tuvo,
»y... en fin, para Dios es esto,
»que pesará en su balanza
»un ángel y un desacierto.
»Vivió aparte de los malos,
»murió en brazos de los buenos,
»fuera hoy grande, si fortuna
»le hubiera dejado serlo.»—
Esto hablaba con las madres
Francisco Nuñez, al tiempo
que el sábio anciano pasara
ante las verjas oyéndolo.
Y con sonrisa elocuente
de aprobacion y de aprecio
se inclinó ante él, y sus pasos
en la calle se perdieron.

II.

Era Abril, veintitres era
del año mil y seiscientos
diez y seis,... cuando el cadáver
de un pobre,... acaso de un génio,
Dormia en la paz de la nada,
ante el Dios del universo,
del polvo que le nutriera
sobre el regazo materno.
Es sábado, y desde el próximo
albor del dia primero
hasta la última vislumbre
del sol cuando caiga yerto,
En aquel rincon oscuro
infiltrado en su hondo seno,
¿de las tormentas mundanas
hallará el tranquilo puerto?
Aun flota sobre el gran golfo:
ann del mundo turbnlento
resuenan las oleadas,
aunque resuenan de lejos.
¡Hoja muerta de los bosques!

¿dónde te arrastran los vientos?
¡grano de arena que viajas
de un desierto á otro desierto!
...Caminan ya por las bóvedas
tinieblas á pasos lentos,
separadas del cadáver
por cuatro blandones trémulos.
Baña la paz el santuario,
todo es reposo y misterio...
oscilan grupos fantásticos
entre sus ángulos negros.
Marchitas están las flores
que ofrendas del altar fueron,
y se oye en ténue suspiro
las hojas que van cayendo.
Vaya aquel último aroma
como un moribundo aliento...
¡Quizás allí algunos ojos
una lágrima escondieron!
¡Quizás murmuró allí un labio
un tranquilo pensamiento,
secreto entre Dios y un alma
con una oracion y un beso!...
Al caer la luz vacilante
sobre el mortuorio ornamento
colora hinchadas facciones
de un frio rostro aguileño.
Alta y despejada frente
coronan blancos cabellos,
tal vez latió un infinito
bajo su cóncavo estrecho.
Con la diestra mano ciñe
un Cristo sobre su seno,
imágen de dos amigos
abrazados en un lecho.
La otra mano... hála perdido:
si en bien... no lo dice el premio,
¿quién sabe si está llamando
en algun ingrato pecho?
A ambos costados del túmulo,
con santo recogimiento
hay dos inmóviles sombras
de mujeres ó de espectros...
¿Son dos ángeles custodios?
¿son dos estátuas de hielo?
¿ó es aun la flotante imágen
de los últimos recuerdos?
¿Qué aguardan esas mujeres
que con misterioso empeño
van detrás del desterrado
hasta el fin de su [illegible]
Que le abandonan con lágrimas,
que le acompañau con ruegos,
¿ó es que pretenden sus labios
filtrar la vida en sus restos?
¿O es la caridad cristiana?
¿ó son átomos de un cuerpo?...
¿la oscuridad de un abismo...
las palabras de un secreto?...
¿Dos rayos aun de una aurora
de juventud y embeleso,...
dos páginas del poema
de aqnel corazon ya muerto?...
...Tarda, vibrante y sonora
retumba en aquel momento
la campana de los cláustros,
primera voz del dia nuevo.
Y alegre la aurora vírgen
dorando alturas y techos,
desciende en lluvia de grana
como un bautismo de fuego.
—¿Sor Mariana?...
—¿Sor Antonia?
—¿Vamos?
—Vamos.
Se dijeron.
y ambas hermanas levantan
del postrado rendimiento.
Era anciana la primera,
velaba el manto su aspecto,
bella aun, aunque marchita
mas del dolor que del tiempo.
Sor Antonia es dulce y jóven;
¡ah!... pero en su rostro enfermo
¿qué nube vaga,... qué espíritu
de aquellos rostros compuestos?
Le despiden y le besan,
por ojos y ayes vertiendo
la elocuencia que no saben
ó no pueden los acentos.
Cráter del volcan del alma,
aromas del pensamiento,
los suspiros son centellas,
las palabras son de hierro.
Mucho debeis ser despojos,
que sois en tan dulce estremo,
todo un altar de constancia
y otro altar de sentimiento.
Dios... la sombra, el grupo místico
á sus pies... ¡Cuadro supremo

del abrazo de tres alm[illegible]
casi á las puertas del cielo!
—«Miguel, dice Sor Mariana,
»adios, tú partes, yo quedo,
»perdon, Señor, era el alma
»que tú me diste y te vuelvo.
»¡Amor... de placer de un dia
»y eternidad de recuerdos!...
»lágrimas que Dios vé... y sabe
»Miguel por quién las ofrezco!
»Isabel, llega, hija mia,
»llega, otra vez le abracemos,
»perdóname, ay, fuiste el fruto
»del corazon y del génio...
»Su espíritu ahora nos ama
»con los amores eternos...
»amémosle así nosotras...
»virtud, cariño y secreto.»—
...Un doble abrazo, y las madres
una tras de otra en silencio,
se desvanecen cual sombras
al volver de un triste sueño.

. . . .

...¡Sor Antonia y sor Mariana!
el descalzo monasterio
por su virtud las conoce
y ser un alma en dos senos.
Lleva algo mas sor Antonia,
sor Mariana al poco tiempo
llegó... parecia un suspiro
que llega errante á su término.
La jóven y el hoy difunto
en largos coloquios tiernos,
de una ella querida, hablaban,
y de un arrepentimiento.
Sor Mariana es portuguesa,
de dama su talle esbelto,
entró cuando el que es cadáver
tocaba al humano término.
Ambas de Jesús se nombran,
una es paz, otra respeto,
tal vez ambas en el siglo
llevaron nombre diverso.
Juntas oran... juntas velan,
grande es su rigor ascético,
pero nombre, orígen, padres,...
nadie... Dios puede saberlos.

III.

Ya se acabaron las honras,
ya van á enterrar al muerto,
Trinitarios oficiaron,
Trinitarias respondieron.
A cavar la sepultura
levantan el pavimento,
y el ataud bendecido
comienza á hundirse en el hueco.
—«Paz á Miguel de Cervantes,»
se oye á un Trinitario, haciendo
la cruz con el santo hisopo
sobre el último aposento.
—«En el dia de Lepanto
»asistió á la honra del reino;
»de su arrojo y su desgracia
»su mano izquierda fué el sello.
»Esperando en el Dios justo
»gimió en largo cautiverio;
»¡hijo... su piedad te valga
»y el pobre don de mis ruegos!»
La primer pala de tierra
cae,... resuena un lastimero
son de la caja,... en el coro
resuena el golpe de un cuerpo.
Y entre los súcios terrones
ven caer un laurel modesto,
que enjugándose los ojos
echa el anciano estranjero.

J. C.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.